Beatificación de Ángel Cuartas y compañeros mártires

Seminaristas Mártires de Oviedo

Siempre Fieles

Catedral de Oviedo

9 de marzo de 2019 · 11:00 h

ARZOBISPADO OVIEDO

DOSSIER PRENSA

OBISPOS ASISTENTES

Card. Angelo Becciu
Prefecto para la Congregación de las Causas de los Santos

Mons. Ricardo Blázquez Pérez
Cardenal arzobispo de Valladolid

Mons. Jesús Sanz Montes
Arzobispo de Oviedo

Mons. Francisco Pérez Glez.
Arzobispo de Pamplona

Mons. Atilano Rguez. Martínez
Obispo de Sigüenza-Guadalajara

Mons. J. Antonio Menéndez Fdez.
Obispo de Astorga

Mons. Manuel Sánchez Monge
Obispo de Santander

Mons. Juan A. Mtnez. Camino
Obispo Aux. de Madrid

Mons. J. Leonardo Lemos Montanet
Obispo de Orense

Mons. Jesús Fernández Glez.
Obispo Aux. de Santiago

CUANDO EL ALTAR ES LA ENTREGA DE LA VIDA

Tenían en torno a veinte años. Querían ser sacerdotes, pero Dios eligió para ellos el altar del más alto sacrificio para una misa que no acaba: dar la propia vida como testimonio de amor hacia Quien dio la vida por ellos. En la entrega más conmovedora, aquellos jóvenes se encontraron con la persecución violenta que terminó con su carrera hacia el sacerdocio deseado como respuesta a la vocación recibida. No son un tipo de víctimas que sucumben por el odio a la raza o la cultura, la clase social o la afiliación política. Son personas que dan la vida pudiéndose quedar con ella, en un gesto de suprema libertad con santo heroísmo, sólo posible por la gracia de Dios.

No lo entenderán quienes van por caminos que Dios no frecuenta, quienes calculan la crispación y usan de la mentira, quienes malmeten, calumnian e insidian, los camaradas de la oscuridad tenebrosa que no aman ni la luz ni la vida. La historia cristiana de España relata una historia paradójica en la carne de sus mártires: la bienaventuranza de la vida que sobrevive a la muerte maldita en aquellos cristianos matados por el odio a la fe entre los años 1934-1939. Fueron víctimas de la terrible confusión, la persecución enloquecida, la represión que en nombre de la libertad se trocó en liberticida.

Su beatificación no refiere el escarnio que sufrieron antes de morir, ni se quiere reconstruir aquel terrible escenario, ni siquiera se pronuncia el nombre de los verdugos, sus enseñas y sus siglas. Nada de eso constituye la memoria histórica de la Iglesia. Nuestro recuerdo es mucho más subversivo, por no nacer del resentimiento ni pretender reescribir la historia reabriendo heridas. No esgrime la provocación, sino hacer nuestras la gratitud y reconciliación que en estos mártires aprendemos: que en el paredón del odio no salió queja alguna de ellos; murieron amando a Dios testimoniando su belleza, y como hizo el Maestro, mirando a quienes no sabían lo que hacían, imploraban a Dios para ellos el perdón y la clemencia.

Para nuestra Diócesis es una llamada a despertar nuestra fe quizás aletargada en una cómoda mediocridad. La memoria de estos mártires nos recuerda que aquí en Asturias ha habido hermanos nuestros que pagaron con su vida su condición de cristianos. Es motivo de conmovida gratitud y de emocionado homenaje eclesial. Para dar gracias por el inmenso testimonio creyente de quienes tanto amaron a Dios que supieron entregar su vida perdonando a quienes de ese modo se la arrebataban. Por eso, en medio de tantos callejones sin salida, de tantos absurdos y heridas, aparecen estos hermanos nuestros que son como una ciudad sobre el monte, el testimonio elocuente del verdadero amor, y en el candelero de nuestro tiempo la luz más encendida, porque murieron perdonando y cambiaron la muerte en vida, haciendo de la negra noche el más luminoso día.

Descansan en paz desde entonces. Los mártires cristianos han entrado en la vida. Así entraron nuestros nueve mártires seminaristas. Desde esa vida nos contemplan. Que todos ellos intercedan por nosotros, y que las personas más zarandeadas por la dureza de la vida y la perfidia de la muerte, puedan encontrar en estos nuevos beatos el consuelo, la fortaleza y la compañía. Que intercedan por sus familias y nuestro pueblo, por nuestros sacerdotes y de modo especial por nuestro seminario actual. Les encomiendo esta intención particular: el fortalecimiento de las vocaciones ya recibidas, y la acogida de las vocaciones nuevas que vendrán para ocupar los nueve sitios que ellos dejaron vacíos en nuestro seminario. Que la Reina de los mártires, nuestra Santina, nos cubra con su manto y junto a todos ellos nos acompañe hasta la otra orilla.

+ Fr. Jesús Sanz Montes, ofm
Arzobispo de Oviedo

RITO DE LA BEATIFICACIÓN

Súplica de beatificación

Monseñor Jesús Sanz Montes o.f.m., Arzobispo de Oviedo, ordinario de la diócesis donde se celebra la beatificación y donde se instruyó la Causa, se dirige al Representante del Santo Padre.

El Arzobispo de Oviedo:

Eminencia: Como, Arzobispo de Oviedo, pido humildemente a Su Santidad, el Papa Francisco, que se digne inscribir en el número de los beatos a los venerables siervos de Dios: Eminencia: Como Arzobispo de Oviedo, pido humildemente a Su Santidad, el Papa Francisco, que se digne inscribir en el número de los beatos a estos venerables siervos de Dios: Ángel Cuartas Cristóbal; Gonzalo Zurro Fanjul; José María Fernández Martínez; Sixto Alonso Hevia; Manuel Olay Colunga; Luis Prado García; Juan José Castañón Fernández; Jesús Prieto López; Mariano Suárez Fernández; todos ellos alumnos de nuestro Seminario Diocesano.

Tuvieron todos ellos explícita ocasión de evitar el martirio mediante algún gesto o palabra de renuncia a su fe, pero todos antepusieron, con gozo y firmeza, la fidelidad al Señor a su propia vida. En todos ellos brilla la fe, la esperanza y el amor como testimonio de la verdad del Evangelio.

Tuvieron todos ellos explícita ocasión de evitar el martirio median¬te algún gesto o palabra de renuncia a su fe, pero todos antepusieron, con gozo y firmeza, la fidelidad al Señor a su propia vida. En todos ellos brilla la fe, la esperanza y el amor como testimonio de la verdad del Evangelio.

Lectura de las circunstancias del martirio

Todos se sientan. Sucintamente se hace una lectura de lo que fue el testimonio martirial de los nuevos beatos.

El Diácono:

Por mandato del papa Francisco, su representante en esta celebración, el cardenal Giovanni Angelo Becciu, Prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos, da lectura a la Carta Apostólica en la que Su Santidad inscribe en el libro de los beatos a los venerables siervos de Dios que dieron la vida en defensa de la fe.

El Representante del Santo Padre da lectura a la Carta Apostólica del Papa Francisco:

Aclamación

Mientras se descubre el cuadro con la imagen de todos los nuevos beatos se canta:

"Exultate iusti in Domino"

Procesión con las reliquias de los nuevos beatos

Mientras el diácono porta al presbiterio las reliquias de los nuevos beatos mártires, se canta:

QUIÉNES SON Y DE DÓNDE HAN VENIDO

Con impulsos vibrantes de gracia en las jóvenes vidas de hoy
amanece la luz del martirio que enardece y sublima el amor.
Amor que sin miedo se entrega, fuerza que el mismo Dios da,
camino que guía a las almas, morada de gozo y de paz.

¿Quiénes son y de dónde han venido?
Granos de trigo llegan al molino, racimos de uvas, al lagar,
pan y vino que al ser consagrados cuerpo y sangre de Cristo serán.

Quiénes son y de dónde han venido?
Cristos con el mismo Cristo llevados a celebrar
una misa anticipada a la gloria celestial.

Quiénes son y de dónde han venido?
Estos son los que han venido de la gran tribulación
y han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero.

Amén.

Una vez que las reliquias se hayan colocado en el lugar señalado, el Representante del Santo Padre se acerca, se detendrá unos momentos en silencios, incensará las reliquias, permanece unos momentos en silencio y, a continuación, se dirigirá a la cátedra.

Agradecimiento al Santo Padre

El Arzobispo de Oviedo

Eminencia:

La Iglesia de Dios que peregrina en Asturias da gracias al Sucesor del Apóstol Pedro, su Santidad el Papa Francisco, por la beatificación de estos mártires que derramaron su sangre como testimonio de la fe.

Entrega de la Carta Apostólica

El Arzobispo de Oviedo, en cuya Diócesis se introdujo la Causa de Beatificación, y el Postulador de la Causa, se acercan al Representante del Santo Padre, que les entrega una copia de la Carta Apostólica.

Ángel Cuartas Cristóbal

Nació el 1 de junio de 1910 en Lastres. Su padre era pescador y su madre, ama de casa. Era el octavo de nueve hijos. Antes de ir al Seminario, estudió en la escuela de Lastres con los maestros nacionales. Era una familia humilde en la que todos tenían que trabajar en cuanto hubiera edad para ello. El padre era pescador y tenía un sueldo escaso, por lo que su hermana Elvira lo llevaba a trabajar con ella a la fábrica de pescado del pueblo, donde ganaba algo de dinero con el que compraba libros. Su amigo Benito decía de él: "Él entró en el Seminario por vocación. Ya se le veía de antes. Era igual que un santo. Nunca tuvimos una mala palabra, éramos más amigos y él nos defendía muchas veces y cuando reñíamos entre nosotros siempre nos decía: pero que hacéis, hombre. En la amistad no hay que reñir unos con otros. Él ponía paz entre nosotros". Entró en el Seminario de Valdediós en 1923 y seis años más tarde, llegó a Oviedo. En ambos destacó por su carácter noble y franco, pero al mismo tiempo, tímido y respetuoso con sus superiores. Era alegre y divertido como el que más. Sabía que corrían peligro desde 1931, pero nunca quiso abandonar el Seminario.

Ángel Cuartas salió de su casa el último domingo de septiembre de 1934. Comenzaba el 5º curso de Teología. Fue asesinado en Oviedo el 7 de octubre de 1934 con otros cinco compañeros seminaristas. Tenía 24 años de edad.

Mariano Suárez Fernández

Nació en la parroquia de San Andrés de Linares (El Entrego) en 1910. Su padre era natural de Sotrondio, minero, y su madre, de El Entrego. Tuvieron cinco hijos. Junto con su hermano, entró en el colegio de los Maristas de Oviedo, desde donde ingresaron en el Seminario. Según su hermana Ángeles, "en su carácter era serio, al mismo tiempo alegre, entreabierto, bastante responsable y muy cariñoso. (…) En casa estudiaba, leía mucho e iba al río a bañarse y a pescar. Nuestro padre era minero y cuando estalló la República, en 1931, les dijo a los dos: "mirad que ahora entran tiempos muy difíciles y muy malos y ya veréis cómo va a ser perseguida la Iglesia". Ellos dijeron que había que demostrar que se era de verdad y que no dejaban el Seminario". Juan Ramón, el hermano, tuvo que dejar el Seminario hacia 1931 o 1932, porque después de una gran gripe le quedó una mancha en el pulmón. Al igual que sus compañeros, Mariano era consciente de que llegaban tiempos difíciles, pero ante el planteamiento de sus familiares de esperar a que pasar la revolución para volver al Seminario, éste se negaba. Las últimas palabras que le oyeron tenían su origen en una frase que había pronunciado su abuelo el año anterior. Hablaba con sus tíos, que le aconsejaban que se lo pensara bien antes de dar un paso decisivo. Y el abuelo había dicho "el buen artillero debe morir junto al cañón". Esta frase la repitió Mariano a su hermano en el momento de despedirse, al aconsejarle que pidiera unos diez o quince días de permiso, mientras pasaba el movimiento revolucionario que se avecinaba. En el momento de su muerte era

Jesús Prieto López

Nacido en 1912 en Bodecangas, parroquia de Santa María de La Roda (Tapia de Casariego). Sus padres tuvieron once hijos, y Jesús era el séptimo. Su entonces párroco pagó la mayoría de los gastos que entonces el seminarista ocasionó a su familia. Ingresó con unos 12 años en el Seminario. Según su hermana Beningna: "marchó a gusto al Seminario, nadie le obligó. Era cariñoso y amable y cuando estaba de vacaciones iba al catecismo y ayudaba como sacristán. Rezaba el rosario en casa con todos nosotros. Era bueno porque para él todo estaba bien, nunca discutía con los hermanos. Era muy trabajador". Su hermano Francisco recordaba sus años de Seminario: "Él hablaba del seminario de Valdediós contando cómo comía, que trato le daban. En aquella fecha se comía regular, pero el trato era bueno. Nunca suspendió ninguna nota. Contaba también cosas de los amigos, y cuando estaba de vacaciones, se iban a ver los seminaristas amigos que estaban más cerca. Se veían los domingos, a la tarde. Cuando estaba aquí de vacaciones su vida era estudiar todo el tiempo con don Jesús y en casa. Era sacristán".

En el momento de su muerte, el 7 de octubre de 1934, era alumno de 3º de Teología. Tenía 22 años cuando falleció.

César Gonzalo Zurro Fanjul

Nacido en Avilés en 1912. Su padre era natural de Valladolid, su madre de Avilés. Tuvieron otra hija, y pronto fueron a vivir a Figaredo. Tenía otra hermana, llamada Cecilia. Ella recordaba que "era un niño muy bueno. Siempre fue muy dócil. Un poco rubio, con los ojos azules y blanco, bastante alto". A los 11 años ingresó en el Seminario de Valdediós. Doña Guadalupe de Figaredo, de familia de empresarios de la mina, le pagaba los estudios. Mostraba especial devoción a la Virgen Milagrosa y según sus compañeros era " un alma de temple apostólico, siendo entusiasta de las Obras Misionales". Sus compañeros aportaron muchos datos sobre él: "joven de brillante porvenir por sus excelentes dotes intelectuales. De vocación sacerdotal decidida, no aspiraba sino a prepararse en ciencia y virtud para tan sublime dignidad. Su talento y dotes lo inclinaban también a especializarse en estudios sociales para poder ser útil a los obreros y mineros el día de mañana, sin dejar por eso de trabajar durante las vacaciones en propagandas sociales y misionales. Era un joven de la Acción Católica, todo un carácter, un seminarista de cuerpo entero. Amante de los estudios históricos y literarios, se iba revelando como un literato, poeta y dramaturgo destacado, como lo demostró con el drama original suyo titulado "El traidor Dolfus", que se representó, con general aplauso, en la velada de Santo Tomás, patrón del Seminario, en el paso marzo de ese mismo año 1934". Su hermana Cecilia recordaba que, cerca de la fecha de la revolución, "un año iba a venir Gil Robles a un chalet, a comer, y los mineros no trabajaron aquel día, y siempre me acuerdo. Ese día hubo un funeral en Figaredo, y yo, que estaba a la ventana, veo a Gonzalo con el sacerdote pasar. Yo le dije "no lo acompañes, Gonzalo, que está la gente muy excitada y te van a zurrar". Dicho y hecho. A los dos minutos ya veo a la gente correr por ahí abajo. Yo tiré por el camino de arriba y mi madre por la carretera. Y junto al lavadero, en la carretera ya le estaban pegando a mi hermano. Después vino para casa y se arregló y se puso otra ropa. Aquel día llevó un gran palizón. Al sacerdote lo dejaron, no le pegaron, Le quitaron el bonete y las cosas que traía, una insignia, pero nada más. Gonzalo no tuvo nada más que ese accidente, porque él aquí tenía muy buenas amistades con los chicos y todos. Incluso con unos que eran socialistas aquí cerca y Gonzalo decía que eran muy buenos chicos y se llevaba muy bien con ellos y hablaban mucho".

Él sabía que la revolución se acercaba, porque se lo había manifestado en diferentes ocasiones a su padre. "Conocía el sentir de los mineros", y llegó a dar a conocer cuál sería su comportamiento, si llegara el caso de ser una víctima."

Murió con 21 años, el 7 de octubre de 1934, gritando "Viva Cristo Rey".

José María Fernández Martínez

Nacido en Muñón Cimero (Pola de Lena) en 1915. Su padre fue Pedro Fernández, y al quedarse viudo volvió a casarse. Durante su infancia acudió al colegio de los Maristas de Pola de Lena. Sus amigos le recuerdan como "muy majo, alegre y amigo de jugar. Era muy sociable y se llevaba bien con todos". Ingresó en el Seminario en 1927. Allí sus compañeros le recordaban como "dotado de un carácter afable y reposado, huía de todo altercado y disputa en que pudiera herirse la caridad, condición ésta que le captaba la amistad y simpatías de sus compañeros, de quienes era muy apreciado. Vivía preocupado por la situación política y social que cada vez era más peligrosa. Era consciente porque al proceder de la cuenca minera sabía bien qué se estaba preparando. Además, en el Seminario no podían salir al patio porque decía que les insultaban y les tiraban piedras.

Cuando falleció, tenía 19 años de edad.

Juan José Castañón Fernández

Nacido en Moreda el 6 de agosto de 1916. Sus padres tenían cinco hijos. Es el más joven de los Seminaristas mártires. Estudió primeramente en el colegio de La Salle en Caborana. Ingresó en el Seminario de Valdediós en 1928. Por su carácter y su aspecto de niño le llamaban con cariño "Castañín". Allí era muy apreciado por su carácter de niño candoroso y atrevido. Se le notaba una devoción especial a la Virgen y un amor decidido a su vocación sacerdotal, de la cual dio pruebas inequívocas contestando a algunas personas que se reían de él y pretendían apartarlo de sus propósitos: "estudiaré para sacerdote y no cesaré hasta llegar a la meta". En vacaciones, ayudaba

a sus padres en el trabajo de la hierba, que hacía falta para recogerla para el ganado. Auudaba a su padre a segarla, a esparcerla y metarla en el pajar. Tenía 18 años de edad cuando lo fusilaron. Como curiosidad, dos años más tarde, en 1936, fue ejecutado también su tío, Baltasar rodríguez Fernández, párroco de Santa María del Naranco.

Manuel Olay Colunga

Nacido en Noreña en 1911. Sus padres, naturales de allí, tuvieron 12 hijos, Manuel fue el séptimo. El padre era transportista y tenía un carro, además, trabajaban en el campo. Eran conocidos en la zona por compartir lo que tenían. En su casa, como labradores, había comida y los hermanos recuerdan a su madre decir siempre: "Esa comida que sobra para los pobres. No la tirar". Y los vecinos, cuando veían a alguien pedir, los mandaban a aquella casa. Desde niño manifestó deseos de ir al Seminario, y en su casa se lo permitieron a los 14 años. Ingresó en Valdediós en 1926. Sus compañeros le llamaban "Noreña", porque decían que era un enamorado de su tierra natal, la cual ensalzaba siempre. Después de octubre de 1934, el día 7 de cada mes hacía celebrar una misa en sufragio del alma de uno de los seminaristas mártires en aquella fecha. Logró librarse del 34 en casa de un primo, donde permaneció unos días. Su hermana Faustina recuerda que él mismo contaba que "Cuartas y todos esos que mataron habían sido muy valientes. Esos sí que tienen que estar en los altares". El comienzo de la guerra le cogió en Noreña. Iba a marchar a León donde su amigo Máximo era natural, para celebrar allí su primera misa. Pero les descubrieron en 1937, estuvieron presos en la Iglesiona de Gijón y después fueron destinados a fortificar en San Esteban de las Cruces, junto a Oviedo. Estuvo preso un tiempo, y su familia podía ir a verle dos veces por semana. Manuel no tenía ideas políticas, le habían apresado por ser seminarista. Solía mandar en secreto este recado a su familia "decid a los de casa que muero dando gritos a Cristo Rey". Nunca se encontraron sus restos mortales. Tenía 25 años de edad.

Luis Prado García

Nació en San Martín de Laspra, en 1914. Sus padres, José y Vicenta, tuvieron 13 hijos, Luis era el décimo. El padre trabajaba en la fábrica de Arnao, y además tenían algo de ganado. Estudió en la escuela primaria pues la familia era muy humilde y no podían enviarles a colegios. Destacó siempre por su piedad, era sacristán en la parroquia: ayudaba en misa por la mañana y después iba al colegio; al mediodía volvía a tocar al campana, y a la tarde, el rosario. Entró en el Seminario en 1930. Consiguió una beca para poder estudiar gracias a una herencia de un señor de Avilés. Un compañero suyo decía "estaba enamorado de su vocación. Era muy agradable en el trato". Le tocó vivir la revuelta revolucionaria en Valdediós. Allí llegaron las noticias de sus compañeros mártires y según su hermana Paz, "después del funeral de los seminaristas, él decía que los envidiaba, que él sería feliz con ser mártir. Se sentía orgulloso de ellos. Nosotros no le creíamos y le decíamos `Tú estás tonto´; pero él estaba convencido".

Un compañero recordaba que "en el año 1930 entró en Valdediós, y desde el primer día se mostró contento, como el Seminario fuera para él su propio hogar. Su carácter era dulce y apacible, su ánimo tranquilo, agradable y cariñoso para con todos sus compañeros, sumiso y obediente a sus superiores. Siempre se le veía en los trabajos más humildes del Seminario, sin mostrar desagrado ni contrariedad. Seguía todos los toques de campana, ya fuesen para estudio, ya para clase, para recreo o cualquier otro acto, con manifiesto gusto y puntualidad. Su caridad para los compañeros, interés por el esplendor del culto y confianza que merecía de parte de los superiores, vinieron a concretarse en los cargos de enfermero y de sacristán, que por mucho tiempo desempeñó a satisfacción de todos".

Al estallar la guerra, él se encontraba en su casa con su familia, y reciben un aviso de que lo quieren apresar. Se escondió en La Carriona (Avilés) en casa de una familia de izquierdas, amigos. Le descubrieron y se lo llevaron preso. Lo asesinaron en Gijón. Un médico certificó que le habían pegado 11 tiros. Le mandaron levantar la mano y decir algo, y Luis dijo: "¡Viva Cristo!" y en la mano le pegaron un tiro. Le volvieron a decir "Levanta la mano y ¡viva la República!" Volvió a levantar la mano y dijo "¡Viva Cristo!". Y entonces le pegaron cinco tiros en el vientre. Y todavía dijo: "Viva Cristo!" con las balas en el vientre y luego le tiraron a la cabeza y allí quedó". Tenía 22 años de edad.

Sixto Alonso Hevia

Nacido en Poago, el 1 de febrero de 1916. Sus padres Sixto Alonso González y María Hevia vivían en Luanco. El padre era maquinista de barco y trabajaba en una embarcación. La madre era ama de casa. Tuvieron 11 hijos, el mayor era Sixto. Al nacer el segundo hijo, Sixto se fuer a vivir con un tío sacerdote, que era párroco en San Jorge de Heres, cerca de Luanco. Desde muy pequeño quiso ingresar en el Seminario. Y lo hizo en 1929. Era muy devoto de la Virgen. Su hermana Maruja recuerda que "tenía un carácter especial y cariñoso. Cuando venía del Seminario, aquí en Luanco los barcos cargaban el carbón. Desde encima del muelle tiraban piedras de carbón, que eran muy grandes, al barco y caía carbón a la mar. Sixto se bañaba, buceaba, y cogía el carbón caído a la mar y lo ponía afuera. Así, cuando marchaba al Seminario dejaba a mi madre una gran pila de carbón sacado por él. Esto era para que mi madre no gastara dinero por el invierno". En el Seminario, recuerda Maruja, "nos decían que Sixto era el primero de la clase, hasta para jugar al frontón". Su compañero Rafael Somoano recordaba que "tenía mucho amor a la Iglesia, y vivía muy al margen de las cosas de política". Al estallar la guerra, él estaba de vacaciones de verano en casa. A él y a su padre les encerraron en la iglesia, que hacía las veces de cárcel. Motivos: ser católico, el padre, y él, seminarista. Más tarde le obligaron a incorporarse a las filas del ejército. Un día, sospechando que quisiera pasar al campo de los nacionales, le apuñalaron. Sus hermanos explicaron más tarde que Sixto les recordaba a sus padres: "si a mí me pasa algo, ustedes tienen que perdonar". Es la frase que se ha destacado en la lápida funeraria donde se encuentran los restos de los seminaristas mártires, en la capilla mayor del Seminario Metropolitano de Oviedo. Tenía 21 años de edad.

DATOS DE INTERÉS

¿Quiénes eran?

Son nueve jóvenes, de edades comprendidas entre los 18 y los 25 años. Seis de ellos (Ángel Cuartas Cristóbal, Gonzalo Zurro Fanjul, Jesús Prieto, José María Fernández, Juan José Castañón y Mariano Suárez), fueron asesinados el 7 de octubre de 1934, junto al Seminario de Oviedo, que entonces se encontraba en el Convento de Santo Domingo. Por su parte, Manuel Olay, Sixto Alonso Hevia y Luis Prado fueron asesinados entre 1936 y 1937. Fue Sixto Alonso Hevia quien les dijo a sus padres, poco antes de morir: "Si a mi me pasase algo, ustedes tienen que perdonar". Esta actitud es compartida por los nueve jóvenes que van a ser hoy beatificados, quienes fallecieron exclusivamente por causa de su fe. (Biografías completas en este mismo dossier)

Resonancia de estos martirios

El martirio de los seminaristas y sacerdotes de Oviedo, especialmente los de octubre de 1934, provocó una conmoción en toda la Iglesia española y europea. En numerosos seminarios de otras diócesis se organizaron suscripciones espontáneas, además, para ayudar a los seminaristas que habían salvado su vida pero que habían perdido todas sus pertenencias en el incendio de Santo Domingo. En octubre de 1934 el entonces Obispo de Oviedo, Juan Bautista Luis Pérez, se encontraba gravemente enfermo en Madrid, falleciendo el 6 de noviembre de ese mismo año.

Cronología de la Causa

En el año 1990 se abrió la causa diocesana, siendo nombrado Postulador diocesano el sacerdote Andrés Pérez Díaz, y más adelante, Vicepostulador el sacerdote Jaime Díaz Pieiga. Socorro Caldevilla Fernández, actual Notaria diocesana y seglar, fue nombrada Notaria actuaria en la causa. Ésta fue concluida en 1998, pasando entonces a Roma. El pasado 7 de noviembre de 2018 la Congregación para las Causas de los Santos publicaba la aprobación, por parte del Papa Francisco, del Decreto de Martirio de estos nueve seminaristas asturianos.

El momento de la beatificación

Comienza con la petición, por parte del Arzobispo de Oviedo, diócesis donde se celebra la beatificación y donde se instruyó la causa, al representante del Santo Padre, el cardenal Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, Mons. Angelo Becciu, que "se digne a inscribir en el número de los beatos a estos venerables Siervos de Dios". Tendrá lugar la procesión con las reliquias de los mártires, portadas por un diácono en la Caja de las Ágatas, mientras la Schola Cantorum de la Catedral entona el Himno de los Seminaristas Mártires, compuesto para esta ocasión.

La Caja de las Ágatas

Las reliquias de los seminaristas mártires asturianos procesionan introducidas en la Caja de las Ágatas, en manos de un diácono, Miguel Ángel Bueno. La Caja de las Ágatas es una donación que hacen al templo de San Salvador el rey Fruela y la reina Nunilo, en el año 910, dos años después de que Alfonso III donara la Cruz de la Victoria. En los primeros años, se usó como un pequeño sagrario. En la parte posterior de la Caja hay una inscripción donde se relata esta donación, y termina con una cruz marcada y las mismas palabras que tienen las cruces: "Este signo tutela al piadoso y vence al enemigo". En la actualidad, la Caja de las Ágatas se conserva en la Cámara Santa de la Catedral de Oviedo.

El Himno de los seminaristas mártires

Compuesto por Leoncio Diéguez, sacerdote y director de la Schola Cantorum de la Catedral, con letra de la poetisa Carmen Cerezo. Su título es "Quiénes son y de dónde han venido".

Símbolos de la beatificación

Junto con la Caja de las Ágatas, objeto relevante que se custodia en la Catedral de Oviedo, en la procesión podrán verse el laurel, signo de triunfo e inmortalidad, ya desde el tiempo de los romanos, y unas lámparas, pues la luz hace referencia a lo que ha de ser la vida del cristiano, iluminando a los demás a través del buen hacer y buen decir, teniendo como referencia el Evangelio de Cristo, luz para las gentes. Ambos, laurel y lámparas, simbolizan el triunfo glorioso del martirio.

Actividades diocesanas en torno a la beatificación

Este domingo la Basílica del Santuario de Covadonga acogerá una eucaristía en acción de gracias a las 12 del mediodía, que estará presidida por el Arzobispo de Oviedo, Mons. Jesús Sanz. Además, en el Seminario, lugar donde, desde el año 2013, reposan los restos de los seminaristas mártires, la capilla mayor acogió una vigilia de jóvenes el viernes por la noche, y desde las 14 h de hoy sábado permanecerá abierta al público para que quien lo desee pueda acceder a venerar a los nuevos beatos. Mañana domingo también permanecerá abierta desde las 10 de la mañana hasta las 19 h, en que se celebrará una eucaristía, que estará presidida por el Vicario General de la diócesis, Jorge Juan Fernández Sangrador.

Familiares y asistentes

Más de 130 familiares de los seminaristas mártires acuden hoy a la celebración en la Catedral. Para ellos han sido reservados los primeros bancos del templo. Además, las parroquias de los pueblos natales de los nueve jóvenes que serán beatificados hoy también han fletado autobuses para estar presentes en el acto.

Estructura para la gigantografía y relicario

Las celebraciones de beatificación y canonización cuentan con una imagen de los beatificados o canonizados, que se descubre en el transcurso del acto. En este caso, se ha pensado en un elemento especialmente liviano que, a modo de dosel, protege el espacio donde se depositarán las reliquias y que servirá, además, como soporte de la imagen de los beatos, que se desvelará durante la celebración. Se trata de un prisma semitransparente que se eleva sobre el suelo como un velo, evocando la presencia del Espíritu Santo. En este lugar se levanta un sencillo pedestal revestido con el color del martirio, sobre el que se depositará la Caja de las Ágatas, en cuyo interior se transportan las reliquias.

LA CATEDRAL DE OVIEDO

De estilo gótico, es también conocida como Sancta Ovetensis, refiriéndose a la calidad y cantidad de las reliquias que contiene. Es meta de peregrinos desde antiguo, y en ella se inició el camino de Santiago en tiempos del rey Alfonso II el Casto, de ahí el dicho: «Quien va a Santiago y no al Salvador, visita al criado y olvida al Señor»

La Cámara Santa

Alfonso II el Casto, que siempre se consideró un "humilde siervo de Cristo", mandó construir, en el siglo IX, la llamada Cámara Santa. Está formada por dos capillas superpuestas y sin ningún tipo de comunicación entre ellas. La inferior es la "Cripta de Santa Leocadia" y la superior la de San Miguel; nombre que le viene dado por el hecho de estar adosada a la Torre de San Miguel, edificación anterior a la misma y que es de los pocos vestigios que quedan del palacio de los reyes de Asturias.

Esta torre se puede hoy ver desde la "Capilla de Nuestra Señora de Covadonga" –al inicio de la girola de la Catedral– incrustada en sus muros. En el siglo XII esta capilla superior fue sometida a una profunda transformación. Se sustituyó la bóveda original de madera, propia del prerrománico, por una de cañón y se le añadió en su interior una serie de columnas decoradas con un apostolado románico, a fin de tratar de decirnos que así como este sostiene la techumbre de la capilla, del mismo modo los apóstoles –como bellamente dice un himno litúrgico– son "columnas de la Iglesia". El piadoso rey, al construir este edificio, deseó que fuese el lugar donde se custodiasen las santas reliquias que él mismo mandó traer desde el cercano Montsacro.

Tales reliquias habían llegado a Asturias desde Toledo adonde habían sido trasladadas "desde distintos lugares" por los cristianos para evitar que cayeran en manos de los árabes, tras la derrota del ejército visigodo en Guadalete. La más insigne de todas ellas es el Santo Sudario que se corresponde, según tradición, con el que fue colocado sobre el rostro de Jesucristo en el descendimiento de la cruz y hasta su definitivo entierro.

En este mismo lugar se conservan además las cruces de los Ángeles y de la Victoria. Enseña, la primera, de la Iglesia ovetense y de la ciudad de Oviedo y la segunda del Principado de Asturias. La custodia de todas estas reliquias convierten a la Catedral de Oviedo en un monumento único.

El retablo mayor

El retablo mayor de la catedral de Oviedo es una de sus obras más hermosas. Lo inicia en el año 1512 Giralte de Bruselas, por encargo del obispo Valeriano Ordóñez de Villaquirán, y colaboran en los trabajos del mismo Juan de Balmaseda, Guillermo de Holanda y Esteban de Amberes. Se concluye en el año 1517.

Policromado por León Picardo, en tiempo del obispo Diego de Acuña, su estilo se encuadra dentro de las postrimerías del gótico y de lo que se ha venido en llamar hispano-flamenco.

Para la gente humilde, la que no sabía leer, fue construida esta magnífica obra de arte que tiene como finalidad iniciar en los secretos del reino de Dios a quienes la miran con fe.

Al anuncio del reino de Dios dedicó Cristo-Jesús toda su vida; una vida que se inicia con la anunciación –primera escena de la izquierda del piso primero– y que se concluye con la venida del Espíritu Santo –última escena de la derecha del quinto piso del mismo–. Lo anunció con su palabra y lo hizo presente con sus gestos salvadores que el retablo recoge algunos.

En el cuerpo central destacan tres escenas que sobresalen de entre las demás: la crucifixión, la asunción de

la Virgen María y Cristo en majestad. Vienen, como a recoger, todo su mensaje. La vida de Jesús se encamina hacia la cruz y sobre ella ofrecerá el sacrificio de su vida; no es un sacrificio ritual sino existencial es decir: una vida que se hace obediencia al querer de Dios Padre, que desea establecer en lo creado, transformado por el amor que se revela en la cruz, una nueva humanidad cuya primicia es la Virgen María en el misterio de su Asunción a los cielos.

La torre gótica

Se inició la construcción de la Catedral por la Sala Capitular, dependencia que se abre al claustro, y se concluyó por la torre, «Poema romántico en piedra», en el año 1587 ya en los inicios del renacimiento. Es obra de Rodrigo Gil de Hontañón sobre planos de Juan de Badajoz. Era obispo de Oviedo, por aquel entonces, Cristóbal Rojas y Sandoval.

Se compone de cinco cuerpos que suben con un seguido retranqueo (que consiste en remeter el muro de fachada en la planta o plantas superiores de un edificio) de los cinco cuerpos que la integran.

Contemplando esta torre, que da personalidad singular a la catedral de Oviedo, da la impresión de que se percibe una especie de dedo que invita a mirar al cielo. La torre es ese lugar elevado desde donde el centinela puede saber, antes que nadie, quien se acerca.

En la tradición cristiana es símbolo de «atalaya», desde la que se vigilia, y «escalera» a través de la cual se asciende; más aún, en la mencionada tradición la Virgen María es llamada «torre» en la letanía lauretana del rosario. Virgen e Iglesia están asociados de tal manera que se dice de ella que es «imagen y figura de la Iglesia» que en medio de la comunidad humana está pendiente de la última venida de Cristo al final de los tiempos para instaurar su reino.